

EL DIUVIO

10 CENTS.



Los habremos de atraer
como ustedes pueden ver,

BEHRING

Al perder la última esperanza, concibió y puso por obra el viaje á Berlin, en busca de aquel Behring de quien todos decían prodigios, despues del descubrimiento de la sustancia T, el remedio más infalible de nuestra época.

Oído el dictamen de los galenos, analizados los esputos y comprobada la existencia del bacilo—terrible como los fabulosos animales del cretáceo—, ya no le quedaba á Octavio más que un partido: tomar el expreso, ir á Berlin y pedir al Polidairon la sustancia T y la vida.

Llegó en breves horas á las márgenes del Spree y tuvo la fortuna de ser recibido en el acto por Behring.

A pesar de su valor sereno, Octavio se sintió turbado. Hallábase en presencia de un hombre al cual rendirán pleitesía las generaciones futuras cuando, por la lenta evolucion de los tiempos, la misteriosa panacea haya alcanzado toda su eficacia, y comprendió la necesidad de explicar el objeto de la visita.

El médico le miraba en silencio, con la media sonrisa de los hombres superiores que siempre van á resolver algun problema, y Octavio dejó á un lado pequeñeces y preámbulos y abordó bravamente el asunto.

Decidido á todo á trueque de salvar la pelleja, expresándose en alemán luxemburgués, dijo poco más ó menos lo siguiente:

—Señor Behring, hasta ahora la Muerte no me había inspirado más que un respetuoso sentimiento con frecuentes intervalos de olvido y desdén, vaga pasión como la que puede encender una reina en su perro favorito. Yo consideraba con atrevida familiaridad á esa nobilísima señora, importándome un comino sus favores ó la remota probabilidad de su llegada, y muchas veces, por trivial motivo, la invoqué

ardientemente y le rendí culto. No la amo ya, y al presente su solo nombre despierta en mí un terror sagrado.

Tengo veintisiete años, he vivido únicamente algunos millares de horas... lo preciso para escuchar 260,000 discursos sobre la tuberculosis ó 520,000 valses de Strauss; y ahora amo á una mujer incomparablemente bella que me corresponde con delirio. Quiero vivir. Hoy me parece encantadora y espléndida esta fugaz comedia representada en el infinito, antes y despues de la insondable eternidad del tiempo. Como usted ve, me hallo al borde del sepulcro, y anhelo vivir... Usted posee una linfa, un secreto, algo que puede prolongar mis días y devolverme mi amor, y yo se lo pido con vivas instancias...

Octavio, al decir esto, cayó de rodillas ante Behring.

El Asclepiade frunció las cejas y le invitó rudamente á levantarse.

—Alce usted, joven; esta escena es deplorable... ¿Qué pretende usted? Hace poco rechacé á un millonario mejicano que me ofrecía el tesoro de los Incas. La hija de un lord me promete, en cambio de dos tubos de linfa, una estatua ecuestre de oro macizo y la construcción de un inmenso hospital que llevaría mi nombre. Y hay que quitar el suyo á la tierra para llamarla... *Behringia* ó *Behringland*. Es una idea de Percival Lowell. No puedo complacer á usted, porque he de confirmar mis experimentos.

Con la rapidez del rayo el joven se levantó y sacó del bolsillo una pistola sistema Browning, modificada por Brennan.

—Pues bien, dijo—rechinando los dientes, ciego de ira—; te niegas á complacerme, ¿no es cierto? ¡Prefieres tu inútil ciencia á mi preciosa vida! ¡Quisieras tu dar nombre al Universo hasta más allá del límite conocido! ¡Vas á morir, á pesar de tus linfas! ¿Lo oyes, Behring? ¡Te voy á mandar al infierno!

Behring dió en su silla un inconcebible salto.

—¡Es una locura!—balbució—. Pero atienda usted, desdichado... Desvíe esa pistola, yo se lo ruego...

—¡Venga la sustancia!—gritó Octavio, aun furioso, á la vez que bajaba el arma—. ¡Le mataré!

—Escúcheme: los periódicos dicen lo que quieren; no he descubierto nada. Mi sustancia T no tiene valor alguno... T significa *Todesstunde* (hora suprema). Es una entuchada científica... una broma de *The Lancet*. ¡Ah, esos periodistas!

La tierra se hundió bajo los pies de Octavio.

—¡Fatalidad!

—¡Pobre mozo!—repuso el médico dulcemente—. ¿Y qué piensa usted hacer?

—Me queda mi Browning... ¡Me mataré!

—¡Bella decision! ¿Y de qué le servirá matarse?

—¿Qué puedo esperar de la vida? Esta horrible enfermedad me impide casarme y me quita toda esperanza de ventura...

—Pero ¿es usted tuberculoso? ¿Quién se lo ha dicho?

—Los médicos de Iberia me han desahuciado; despues de minucioso reconocimiento.

¡Oh, la caridad!



—Toma diez céntimos y no vuelvas tan á menudo. No hace aún una semana te di otros diez.

Los únicos vivos



—¡Viva el Conde de Romanones! ¡Viva el ministro simpático!
—¡Gracias, queridos correligionarios ..!

—¡Los médicos!- exclamó Behring—. Todavía puede usted salvarse. Cátese y no tema nada. Yo he visto sucesos más notables... en *The Lancet*. Unase con su gentil prometida, y seis ú ocho vástagos me agradecerán el consejo. Vaya usted en paz, amigo mío, algún día hablaremos de eso con mayor calma.

Y le acompañó, casi le empujó hasta la puerta del despacho, la cual se cerró con estruendo detrás de él, ahogando un gran suspiro del Hipócrates de Germania.

Dos meses después Octavio contrajo matrimonio con su amada. Vivieron felices y tuvieron seis hijos más de los que Behring había previsto.

Quizá algún día estos muchachos, cuya robustez es admirable, necesiten ir á Berlin para confortar sus células con la sustancia de larga vida.

RAMON SEMPAU.

EL VIAJE DEL MINISTRO

*Y en verdad que no hay melones
que se parezcan á Romanones...*

(Letra de *El perro chico* que
puede adaptarse á *Els
Segadors*.)

Pocos, muy contados somos los que sabemos la causa verdadera del viaje á Barcelona del conde de Romanones.

No ha venido el ministro á estudiar de cerca la cuestión catalana, ni ha venido para almorzar con Marianao y escuchar discursos á Pla y Deniel, ni para resolver la cuestión de las jurisdicciones y conferencia de paso con Zurdo de Olivares. Por nada de eso abandona á su Madrid el afortunado chico de Villamejor, aun cuando crean lo contrario media docena de ilusos y mentecatos.

Don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones, ministro de la Gobernación, fabricante de pan, fundidor de plomos, ganadero de reses bravas y

comanditario de quince ó veinte cajas de préstamos, hace mucho tiempo que se preocupa más de las múltiples combinaciones en que tiene empleados sus capitales cuantiosos que de la política, que solo constituye un medio para el acreditado hombre de negocios que comparte con el gran curul la gobernación del Estado.

En el Ensanche de esta ciudad, en los bajos de una casa situada en calle muy céntrica, existe un rótulo que dice *Plomos Figueroa* y en el interior de aquel despacho cualquier empleadillo con quince duros de sueldo al mes sabe más del viaje del ministro—que tanto ha preocupado al bueno de don Tristan—que el mismo Forgas, el exdiputado analfabeto que, según asegura, es el mejor amigo y el único confidente con que cuenta el conde en Barcelona.

Claro está que era preciso justificar la excursión, y Romanones, que tiene la viveza peculiar

del gatera madrileño, aun cuando sea melon de nacimiento, según reza el *couplet*, supo arreglárselas de tal manera que hoy puede ufanarse de haber muerto dos pájaros de una pedrada. ¿Dos pájaros? Rectifico. Un pájaro con muchas plumas, el asunto del negocio, y un gato, aquel famoso gato muerto arrojado en fecha memorable sobre el escenario del Nuevo Retiro, que había resucitado en estos últimos tiempos y que el aristócrata consejero acaba de rematar con su muleta.

Y explicado el objeto de su viaje, desengañado ya Zurdo, desvanecidos sus ensueños de futuro John Burns del proletariado español, vayamos a reseñar algunas notas del viaje del ministro que se han dejado en el tintero los cronistas de tanda.

**

Comencemos por el escudero de S. E. Durante la estancia del conde en Barcelona se veía por los sitios más concurridos y menos honestos de esta capital un hombre de rostro moreno, barbas enmarañadas y buena ropa. Aquel individuo, con el cual acaso habrás tropezado, lector, confundiendo con un vulgar inspector de la nueva policía, aquel hombre lleva dentro de su cabeza insignificante todos los secretos del ministerio. Es Lázarro, antiguo gacetillero con poca ortografía, en la actualidad secretario político del conde de Romanones.

Y á ese, ayer pobre Lázarro, hoy fumador de ri-

De conquista



BARCELONA.—¿Conquistarme usted á mí? Se le ve demasiado pronto el pie de que cojea.

cos vegueros y primer consejero del ministro, han ido á parar vuestras razonadas instancias, señores del Fomento; vuestros protocolos de peticiones, cándidos catalanistas de la *Lliga*; vuestros alegatos razonados, propietarios de la calle de Balmes, vuestras observaciones arancelarias, inocentes directivos de las innumerables Juntas de defensa y comités de la condal ciudad.

¡Pirretas! ¡Agulló! ¡Graells! secretarios eminentes y afortunados, las Memorias que vosotros redactasteis y que el ministro llevó en sus maletas, Lázarro ha de juzgarlas. El fallo inapelable que sobre aquellas peticiones ha de recaer será el informe de Lázarro.

Ya no hay clases, ¿verdad, Pirretas? ¿verdad, Agulló?

**

La nota íntima del viaje del conde ha sido su miedo, su terror á los silbidos.

Al salir de Madrid, Romanones estaba lívido. Sus compañeros de Gabinete, al estrecharle la mano, le miraban socarronamente como diciendo:

—¡Buena la vas á llevar!

Solo Lázarro estaba sereno. Se comprende.

Como el torero de la anécdota, *más cornás da el hambre*, debía pensar. ¿Qué mella pueden hacer los pitos á quien ha tenido que bregar con todas las patronas y sastres de la villa y corte?

El tren iba á partir cuando en el andén apareció Dato.

—¡La jettatura!—dicen que exclamó el ministro.

Silbó la locomotora en aquel momento, y Ascará, el sota-secretario, murmuró con voz queda, como si rezase un Padrenuestro:

—¡Lagarto! ¡Lagarto!

Pero no hubo pitos. Ni siquiera el vacío que Ru-siñol anunciaba.

El ministro fué al Liceo y ni aun allí se le silbó. A pesar de tanta fortuna, hasta que salió de Reus fumigado por el incienso de unos cuantos infelices sin noción alguna de derechos de ciudadanía, no perdió Romanones el miedo, que fué su inseparable compañero de viaje.

Hay un detalle acerca del cual viviremos siempre ignorantes si la casualidad no hace que un día el escudero se emborrache y lo cuente á sus camaradas de juergas nocturnas de la «Viña P.», y es el de que si durante la semana del viaje á Barcelona fueron necesarios más trapos para empapar el pus de la fístula que como marca de fuego selló en la pierna del prócer el recuerdo de la rebeldía filial.

TRIBOULET,

PAN Y PALO

«La Gaceta de hoy publica un decreto levantando la suspensión de las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona».

Telegrama del día 24.

¡Por fin—digo alborozado—, después de habernos privado de su goce tantos días, nos vuelven las garantías que nos habían quitado!

La Prensa ministerial aprovecha la ocasión para decir muy formal, y sin pizca de aprensión, que el Gobierno es liberal.

Y añade tranquilamente que probó elocuentemente sus buenas disposiciones enviando á Romanones... á comer continuamente, porque es cosa bien sabida que al final de la comida, ya perdida la cabeza, se da con mayor franqueza la opinión apetecida.

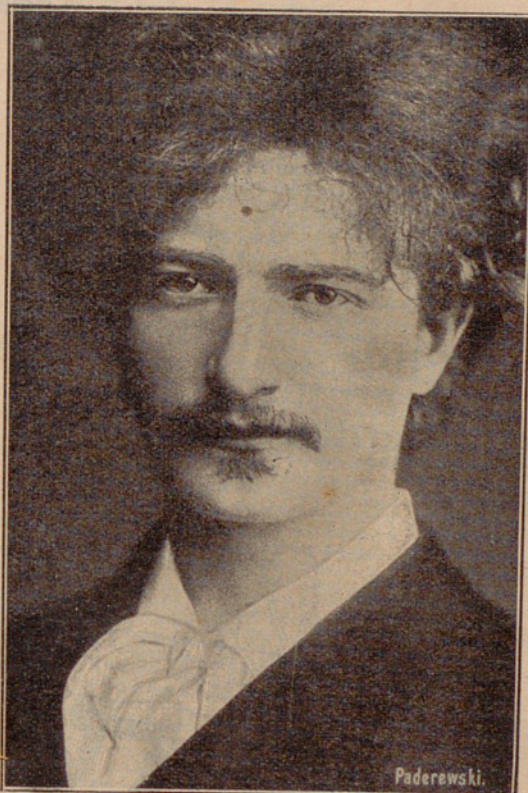
Yo, que soy un descontento que con muy poco me aflijo, la verdad, no me contento, y graves males presiento, porque con pena me fijo en que si bien Romanones nos vuelve las garantías, lo de las jurisdicciones nos puede amargar los días.

¡Fijense en estos renglones!:

«También publica la Gaceta una real orden dando instrucciones respecto á la aplicación de la llamada ley de las jurisdicciones».

Telegrama del mismo día 24.

Es tan burda la añagaza con que quieren darnos caza que aplaudirla fuera mengua...



PADEREWSKI, famoso pianista polaco que dará el próximo Mayo dos conciertos en el Teatro Principal.

¡Se nos quita la mordaza, mas nos arrancan la lengua!

De aquí que yo me alborote y no deje de exclamar: No han hecho más que cambiar con el pretexto el garrote con que nos han de pegar.

J DE ARAGON.

Una historieta de "Sahn-ko"

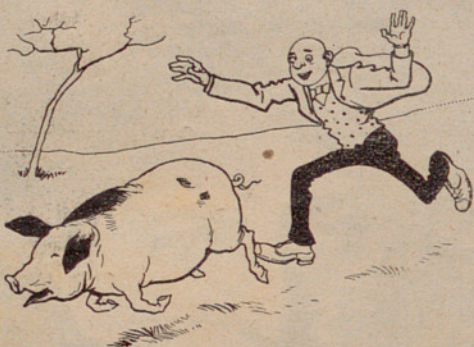
Lector: en el último plúteo de mi modesta librería hay, entre otros recuerdos de viaje, una pequeña, una hermosa anforita. Su forma es achata; sus pequeñas asas son rectas, angulares, y cuatro fantásticos pies de dragon la sostienen. En la blanquísima porcelana ha pintado *Sahn-ko* unas lindas y vistosas figuritas. Y yo voy á contarte ahora la breve, la sencilla historieta que estas figuritas representan y que he ido descifrando poco á poco, durante esas largas, interminables horas grises, en que paseamos nuestra mirada por todos los objetos que nos rodean y buscamos en los más nimios detalles de las cosas un motivo para fijar nuestro espíritu cansado y errabundo.

La tierna y encantadora *musmé* viste una amplia túnica de color verde esmeralda; rodea su cintura un ancho y blanquísimo *kimono*, y, casi

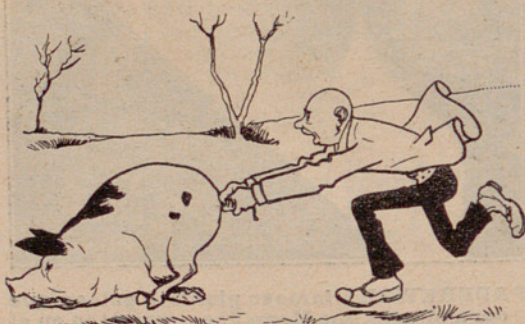
sobre su frente, viene á recogerse su negra y brillante cabellera, coronada por argénteo crisantemo. Su rostro amarillento está ligeramente coloreado; sus ojos negros, rasgados, un poco oblicuos, tienen una mirada clara, transparente, y sus manos, que vienen á juntarse en la cintura, sostienen una flor roja, simbólica, que allá, en tiempos remotos, llevaban solo las vírgenes niponas para regalar al que elegían por esposo.

La *musmé* está de pie, rígida, hierática. Y en frente, inclinado ante ella, hay un rico, un anciano mercader. Una dalmática morada, recamada de oro, cubre su cuerpo; lacias canas asoman por debajo del puntiagudo casquete, y sus manos flacas, amarillas, sostienen una bandeja de laca en la que hay profusión de piedras preciosas, sartas de perlas, joyas valiosísimas, que viene á ofrecer á la *musmé*.

Cochinerías



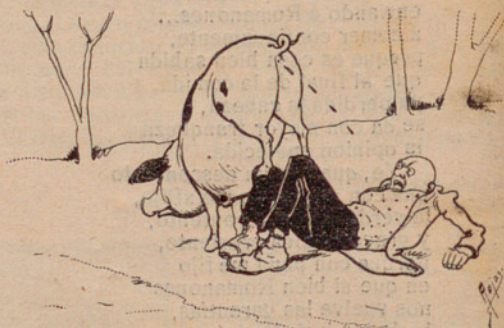
1. ¡Foquito que me gusta tomarle el pelo a los cochinos!



2. —¡Ya lo cacé!



3. ¡Como tira el ladrón!



4. —¡¡Cochinoo!!!

Una línea roja separa este cuadrillo del siguiente. La bella *musmé* sigue inmovible. Ante ella está ahora otro anciano. Su rostro es más expresivo; su actitud menos humilde; su dalmática es de un color anaranjado y rameada de oro. Pendien de su cuello riquísimos collares, emblema de su alta jerarquía, y su mano fina, descarnada, ofrece á la encantadora *musmé* una pequeña, una labrada y mágica varita. La virgen, como antes, permanece absorta; sus ojos miran vagamente las azules aguas de un lago, en cuyas verdes orillas crece la sagrada flor del loto.

Y otra línea roja cierra el cuadro. Y, dando una pequeña vuelta á la anforita, vemos ante la extática *musmé*: un elegante joven, un simpático *mou-ko*. Su traje es azul; su porte es distinguido; su mirada es tierna y amorosa, y sus manos tañen suavemente el melodioso *chamécen*. Pero la bella, la hierática *musmé*, parece no haberse apercibido, y sus ojos siguen vagamente el vuelo de una blanca cigüeña que cruza rauda sobre el fondo azul de aquel cielo sin nubes.

Y una nueva línea roja limita la escena.

En el otro cuadrillo hay ante la inmovible virgen un nuevo personaje. No es joven, ni anciano. Solo algunas canas aparecen entre su negro y lacio cabello. Su estatura es pequeña. La oblicuidad de sus ojos es más pronunciada; sus pupilas

son verdes, inquietas, fulgurantes; su expresión tiene algo de simiesco. Este extraño sér ha contemplado unos instantes á la adorable criatura. Luego, rápido, se ha abalanzado hacia la joven y arrebatada de sus manos la flor simbólica, la flor tan codiciada.

En el fondo de este cuadrillo se vé á los tres anteriores personajes contemplando la escena con las cejas enarcadas, estupefactos, un poco admirados. Porque ahora la bella, la ensimismada *musmé* ha caído á los pies del simiesco enano, mirándole sonriente, amorosa.

Sahn-ko ha puesto cerca de su linda boca esos extraños y bellos signos que parecen notas musicales y que un buen amigo me ha traducido. Y estos signos dicen: *Anata bakari*; esto es: Tú el único.

Lector: un rayo de sol primaveral se ha posado en la pequeña estantería, haciendo refulgir las minuciosas figuritas y los verdes lomos de cuatro tomitos que sirven de pedestal á la anforita.

¿Qué misteriosa atracción ha reunido bajo la obra de *Sahn-ko* á Brantôme, Gautier, Maupassant y Pierre Luys?

¿Será que en el mundo, como ha dicho el clásico, todo es uno y lo mismo?

CARLOS JORDANA.

TENGAMOS FE

Si tuvierais fe, trasladaríais las montañas.
Jesus.

I.

La cosa iba muy bien, es decir, muy mal, porque mi pobre tía se moría á chorros. Tenía setenta años, no había querido casarse nunca, de lo cual yo me alegré infinito, era rica y no tenía más herederos que yo. Apenas recibí una carta del médico del pueblo, á quien tenía dado el encargo de que me tuviera al corriente de la salud de la septuagenaria, algo por afecto *sobrina* y mucho por temor de que alguien se alzara con las ollas repletas de onzas que, según rumor público, guardaba mi tía en el granero, me puse en camino, apechugando con diez horas de tren y ocho de diligencia.

El valor de un sobrino que piensa heredar no tiene límites.

II.

Mi tía tenía dos criados, macho y hembra, casi tan viejos como ella, que me recibieron con la buena cara que puede suponer el lector si yo le digo que también ellos andaban tras las onzas escondidas en los pucheros.

Puse una cara de circunstancias, tiré al suelo la maleta y entré en la sala donde, sepultada en un sillón, estaba la pobre vieja con un gatazo negro sobre la falda.

—Tía de mi alma! ¡Ay, qué desgracia!—exclamé haciendo que lloraba y besándola.

El gato pegó un bufido y salió corriendo; mi tía me miró con sobresalto y asustada.

—Pero ¿qué pasa? ¿Te han dejado cesante?

—Por ahora no; pero he sabido que estaba usted enferma, y como la quiero tanto...

—Ah, vamos! Ya sé que me quieres mucho; pues sí, hijo, he estado muy malita; pero como yo tengo fe, me encomendé al santo de la ermita y me ha puesto buena.

Iba á decir una barbaridad contra el santo y la ermita; pero me contuve. ¡Dieciocho horas de viaje para este chasco!

—No sabe usted, tía, lo que me alegro que tengan ustedes por aquí un santo tan milagroso.

Y echando pestes contra las tías ricas que viven donde hay santos milagrosos me fui á ver al médico.

III.

—¿No decía usted que mi tía se iba por momentos?

—Y así era en verdad; pero, ch'co, ante la fe no puede nada la medicina. Hay aquí una ermita con un santo que, por lo visto, está reñido con el sepulturero, y apenas una persona está si se las lía ó no, le llevan una vela, le dicen una misa ó le cuelgan un ex-voto de cera, y á vivir como si tal cosa.

—¡Maldita sea su estampa! ¡Y yo que contaba volverme á Madrid con los bolsillos llenos de amarillas!... Quiero ver á ese enemigo de los sobrinos pobres; vamos á la ermita.

—Supongo que no intentarás ningún disparate; no saldrías vivo del pueblo.

—No; sólo es curiosidad y rabia.

—Si es así, en marcha.

IV.

Dentro de un camarín, rodeado de cirios y con todas las paredes cubiertas de mortajas, muletas,

trenzas de pelo, manos, pies, ojos y pechos de cera, alzabase orgulloso, con aire altanero, como dueño y señor de la vida y árbitro del destino humano, mi burlador de herencia.

Era una estatua antiquísima de piedra, cubierta de un manto y túnica que los siglos y el besuqueo habían casi borrado en la escultura; en la cabeza, á guisa de corona, llevaba unas ramas de laurel ú olivo; en la diestra empuñaba un rollo cilíndrico á modo de cetro.

Yo daba vueltas en torno de él como una fiera.

—Gordo y rollizo era el tal bienaventurado. ¿Cómo se llama?

—Nada sé; aquí se le conoce por el *santo de la ermita*. Creo que se encontró enterrado en este lugar hace siglos.

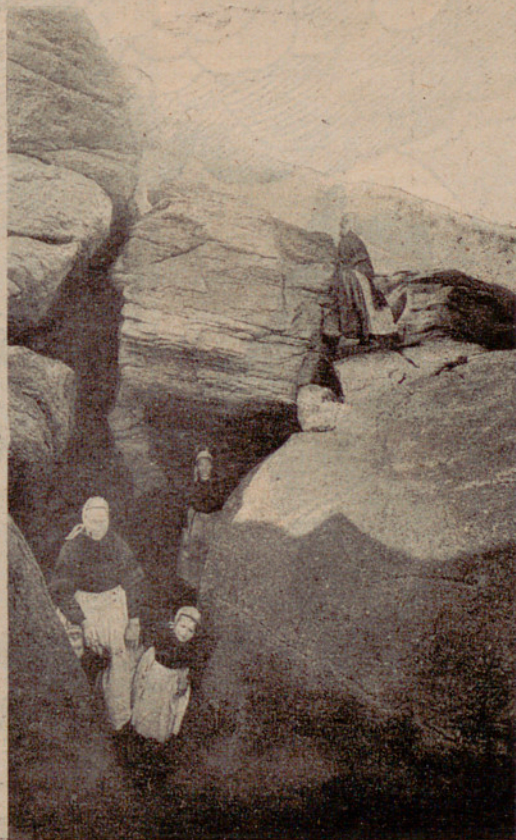
De pronto di un grito; el médico se acercó asustado. Detrás de la estatua había leído estas palabras, que le señalaba con ira y asco:

Nero imperator. Pontifex Maximus.

El milagroso santo de la ermita era ¡una estatua de Neron! ¡Y, sin embargo, curaba viejas!...

Por donde—y de veras hablo—
bien claramente se ve
que aunque á piadoso retablo
con disfraz se suba el diablo,
hará milagros la fe...

FRAY GERUNDIO.



Alrededores de Penmarch (departamento de Finisterre, Francia). Entrada á la Boca del Infierno en Saint-Girencis.

¡Por la patria!

I.

La tarde era calurosa, propia del mes de Agosto. Los rayos ardientes del sol habían convertido el alegre valle en un horno. Ni la más leve brisa agitaba las hojas de los árboles, ni un ligero gorjeo interrumpía el profundo silencio: el viento callaba, los pájaros dormían; solo los rayos solares, brillantes, lujuriosos, dominaban aquella tierra, besándola, fecundándola, inundándola de luz y calor y dejándola, al fin, como amorridada, sin alientos para resistir las voluptuosas caricias.

De pronto, vivas detonaciones interrumpieron la tranquilidad y silencio del valle; densas humaredas elevaronse en espirales desde la tierra y, desparramándose luego en forma de nubes, proyectaban en el suelo grandes y movilizadas sombras.

La guerra, la temible y destructora guerra venía a despertar, con el silbido de sus balas, los toques bélicos del clarín, los roncantes gritos de los combatientes y los ayes de los heridos, á la dormida Naturaleza.

II.

El combate había cesado. Las sombras de la noche, por momentos agrandadas, obligaron interrumpir el fuego á las dos fuerzas enemigas. El humo de la pólvora apenas se había disipado y aun de vez en cuando oíanse aisladas detonaciones.

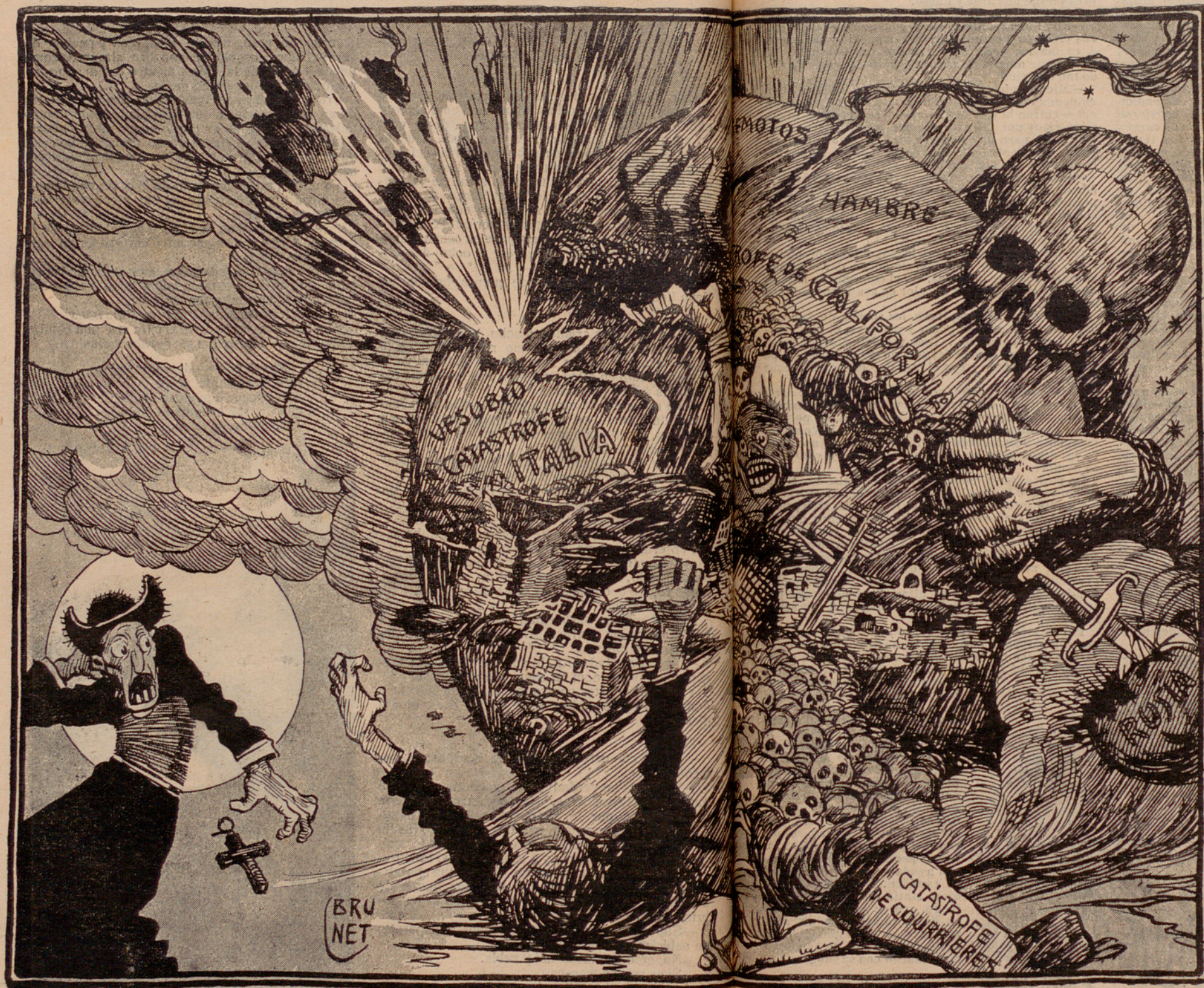
En el campo de batalla, como vestigios de la sangrienta lucha, habían quedado los cuerpos aun calientes de los que hallaron la muerte, cureñas de cañones, fusiles rotos, cartuchos quemados, charcos de sangre coagulada, todo revuelto y confundido. Atráidos por la carne muerta, revoloteaban en el espacio grandes pájaros de corvo pico en espera del festín que les ofrecía la estupidez humana.

Aquella tierra fértil, en la que crecían lozanos útiles plantíos, flores y hierba, habíase convertido en campo arrasado y sangriento, montón de desperdicios humanos y de abandonados instrumentos de matanza, y el olor á carne muerta y á pólvora quemada había sustituido al aroma de la vegetación fresca.

III.

Los ejércitos enemigos retiráronse, ni vencidos ni vencedores. Una columna de uno de ellos recibió orden de dirigirse, con los heridos, al cercano pueblo de Valleflorido.

Había cerrado completamente la noche cuando la columna entraba en el pequeño lugar al són de las cornetas y en medio de una densa nube de polvo, seguida por el triste convoy de los heridos.



Volcanes, hundimientos y temblores; — catástrofes, miseria, males fieros, — y horrores — ¡Este es el desplazamiento, caballeros!

Mientras se disponía el alojamiento de la tropa los heridos fueron llevados á la iglesia, situada en la plaza Mayor, convertida provisionalmente en hospital de sangre.

IV.

Una sola lámpara, pendida ante el altar mayor, alumbraba débilmente el fondo de la reducida nave, dejando el otro extremo en completa oscuridad. En medio de las sombras que envolvían el templo resaltaba la figura de un Cristo crucificado, suspendido en el altar, y los rayos de la lámpara, al reflejarse en él, hacían relucir el barniz de sus desnudas carnes.

A los lados de la nave estaban los heridos, tendidos en malos jergones y apenas cubiertos por sus mantas pardas. El médico les había hecho ya la primera cura. Todos ellos eran jóvenes, estaban en la plenitud de la vida, en la edad de las ilusiones, de las bellas esperanzas, que no habían de ver realizadas.

De entre ellos, uno había que por la gravedad de su estado desesperábase de salvarlo. La extrema palidez de su rostro, su fiebre altísima y el carácter que presentaba la horrible herida que recibiera no daban lugar á duda: se moría irremisiblemente, sin ver quizás la luz del nuevo día.

Pablo se daba cuenta de ello. Lo había adivinado en la mirada del médico, lo comprendía por el estado general de debilidad que le invadía cada vez más, y esa cruel idea de morir lejos de los seres queridos, sin poder realizar ya sus más caras ilusiones, añadía á sus sufrimientos físicos una angustia moral indecible, torturante, roedora.

Contra su voluntad y violentamente le habían separado de su hogar, obligándole á vestir un uniforme y á empuñar un fusil con la consigna de matar y dejarse matar por la patria. Y había cumplido el mandato como un autómatas, sin entusiasmo, matando y dejándose matar. ¿Por qué? Porque así lo hacían todos. ¡Qué estúpido era todo aquello!...

Con gran trabajo incorporóse en el lecho y miró á su alrededor. La iglesia tenía un aspecto triste y sombrío; al levantar los ojos, vió la imagen desnuda y dolorosa del Crucificado, y le pareció que sus ojos le miraban y que sus labios pronunciaban el cristiano é incumplido mandamiento: "No matarás."

—No matarás, ordena tu doctrina—dijo Pablo en alta voz—, y ya tú ves cómo la cumplimos tus hijos.

—¿Qué dices? le interrumpió el camarada que tenía al lado, á quien habían amputado una pierna.

—¿Ves allí á Cristo?—dijo señalando la imagen—. Pues ahora acaba de decirme: No matarás. ¿Qué tonto, verdad? Si no matamos, ¿cómo vamos á defender la patria?

—Me parece que no tienes muy bien la cabeza—murmuró el otro mirándole con lástima.

—Oye—continuó Pablo—, á tí te han cortado una pierna; bueno, pues dile á la patria que te ponga otra pierna de carne y hueso.

—Si siquiera fuera de palo...—contestó.

—Tú al menos, aunque sea con una pierna, seguirás viviendo y podrás volver á tu pueblo y abrazar á tu madre; yo... yo no tendré ese consuelo. Me muero, me muero. ¡Y pensar que he de morir de modo tan estúpido!

—Mientras hay vida, hay esperanza, Pablo. Otros en peor estado que tú han curado. Ya tú ves, á mí me cortaron la pierna y no me desespero por ello... Casi estoy por decirte que me alegro, porque así concluirá para mí esa perra vida de campaña... Lo único que siento es el desconsuelo de mi madrecita cuando me vea con una pierna menos...

Pablo no contestó. Sentía un fuego interior que le abrasaba. Su cerebro, extraviado por la fiebre, empezaba á divagar, confundiendo la realidad con el ensueño, el pasado con el presente; pero, en medio de sus confusos pensamientos, una idea le dominaba: la de que se moría sin remisión.

¡Y qué muerte más triste la suya! Solo, desamparado, rodeado de sombras, sin poder dar el último adiós á los seres queridos, sin el consuelo de los cuidados de su madre, sin el calor de sus besos y de sus lágrimas.

Todas las ilusiones, todos los sueños de ventura desvanecidos; no más goces y placeres; ni una esperanza, ni un consuelo... Todo perdido. Moriría como un perro sobre aquel jergón de paja, rodeado de sombras, olvidado y con el ¡ay! de dolor en los secos labios...

Moriría por la patria, por la patria cruel que arrebató los hijos á las madres, que lanza á los hombres contra los hombres, á los pueblos contra los pueblos para que mutuamente se despedacen... Y, como recompensa á su forzado sacrificio, recibiría una tumba ignorada para su cuerpo y el eterno olvido para su nombre.

La patria tenía sobre él el derecho que no tenía la mujer que le dió el sér: el de disponer de su vida.

Un odio feroz contra cuanto le rodeaba hizo presa en su alma. Odio contra los soldados heridos que le rodeaban, la eterna carne de cañón que sin protesta acepta el sacrificio; contra el Cristo crucificado, cuyas doctrinas de paz, durante diecinueve siglos predicadas, no habían podido evitar que los hombres continuaran matándose unos á otros. contra aquella bandera depositada en el altar, símbolo de una patria egoísta que convierte en enemigos á los seres humanos.

Por su mente delirante cruzó una idea de venganza. Allí estaba la enseña patria, trazo ensangrentado por la que tantos habían dado estérilmente la vida, por la que él mismo iba á morir; allí estaba, bajo

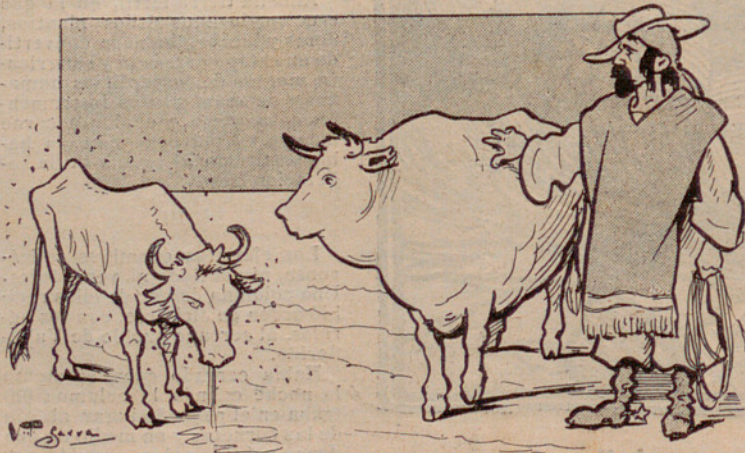
la custodia de un oficial dormido... ¿Por qué no la estrujaba y la rasgaba con sus manos, vengando en ella su muerte miserable?...

Arrastrándose penosamente llegó hasta donde estaba la bandera, la cogió é intentó rasgarla con sus manos. En vano. Faltábanle las fuerzas; se sentía desfallecer á cada esfuerzo. Reuniendo todas sus energías, logró sostenerse de rodillas y llevarse la seda á la boca, probando de rasgarla con ayuda de los dientes. Inútil también. Nubláronse los ojos, sintió como una ola de fuego que se precipitaba por su boca, tambaleóse un momento y cayó desplomado al suelo, envuelto en la bandera, que manchó con su sangre...

V.

Al toque de llamada del clarín iban reuniéndose en la plaza los soldados, preparándose

Nuestros bueyes



EL ARGENTINO. —¿Pero eso es un Lucy ó una cucaracha?

para emprender de nuevo penosa marcha. La mayor parte llevaban el uniforme roto y sucio. En sus rostros había dejado honda huella el cansancio y apenas si los cantos y dicarachos de los más alegres lograban prestar cierta animación a los grupos. Muchos soldados, en espera de la orden de formar, sentábanse en el suelo, cruzadas las piernas y con el fusil enhiesto; otros rodeaban a los vendedores ambulantes y no pocos invadían la cercana cantina. Algunos chicuelos, descalzos y desarrapados, correteaban por entre los grupos, recibiendo caricias y pescozones.

Un oficial montado llegó a la plaza, dió órdenes a un corneta y éste empezó el toque de formación.

El sol asomó su disco aun pálido tras la próxima colina, iluminando con sus primeros rayos a la plaza Mayor, rebosante de soldados en continuo movimiento. Por una de las calles desembocó al poco rato el general, seguido de sus oficiales. Casi al mismo tiempo en la puerta de la iglesia apareció un sargento, que se dirigió corriendo al encuentro de su jefe.

—Mi general—le dice cuadrándose y saludando militarmente.

—¿Qué hay?

—Se ha encontrado a uno de los soldados que estaban heridos, muerto en medio de la iglesia, abrazado a la bandera.

—¿Cómo ha sido eso?

—Parece que por la noche, cuando todos dormían, sintiéndose morir, fué arrastrándose hasta donde estaba nuestra gloriosa enseña, y abrazado a ella lanzó su último suspiro.

Un movimiento de admiración agitó a cuantos escuchaban el relato.

—Señores—dijo el general dirigiéndose a los oficiales—, es preciso honrar la memoria de ese héroe.

VI.

Tenue claridad alumbraba la iglesia. Frente al altar palidecía la lámpara, lanzando sus últimos destellos; algunos hilillos de sol, introduciéndose furtivamente en el sagrado recinto, se deslizaban hasta el suelo, precisamente en el lugar en que descansaba la cabeza de Pablo, medio oculta por los pliegues de la ensangrentada bandera.

A ambos lados del cadáver formaba una compañía de soldados y a un extremo estaban el general y sus oficiales.

El templo, envuelto en semi-oscuridad, la imagen angustiosa del Crucificado, el cuerpo caído de Pablo, los rostros graves y tristes de los soldados, todo contribuía a producir una profunda sensación de mudo dolor.

—¡Soldados!—exclamó el general tendiendo hacia el cadáver el desnudo acero—. Murió abrazado a la bandera. Dedicó su postrer aliento a la patria. Fué un héroe...

Levantó la espada, oyóse el redoble del tambor y los soldados presentaron las armas.

En la boca del muerto parecía dibujarse una sonrisa de dolorosa ironía.

ADRIAN DEL VALLE.

ZARANDAJAS

TARTARINA Y TARTARIN

Rocambolicemos.

Los tinteros de la Redacción estaban vacíos; Planas de Taverne se había teñido el bigote y ilustrado las botas. Algo sensacional debía ocurrir.

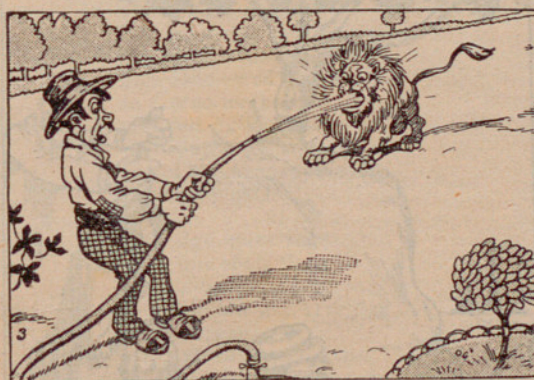
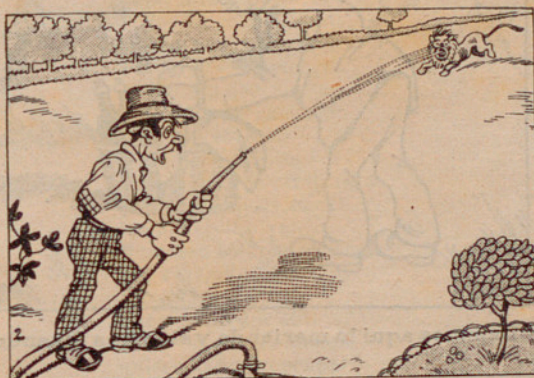
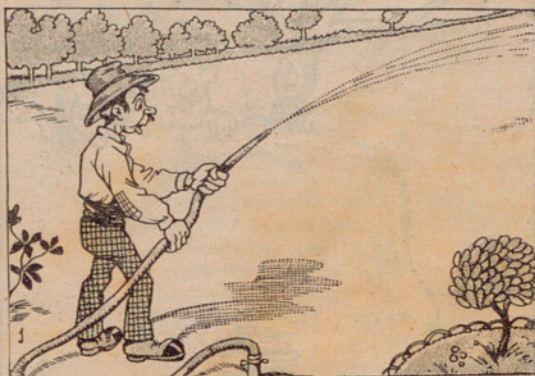
¿Qué era ello?

Azorín no sabía nada; iba con Valentí Camp y se había contagiado.

Todo se supo al fin. Teníamos visitas en casa.

La caza del león

(HISTORIA MUDA)



Leyendo



—Dejemos aquí la merienda y sigamos leyendo



...los alimentos han encarecido tanto y van estando tan altos, tan altos..»

Mme. du Gast y el conde de Romanones estaban en Barcelona.

Tartarina y Tartarin habían coincidido. La una había terminado su viaje por Africa; el otro venía á asomarse á las ventanas de Europa.

Mientras Tartarin reproducía la graciosísima escena de la *cacería de gorras*, almorzando en el Gobierno civil, comiendo en la Capitanía general, volviendo á almorzar en la Diputación, cenando en casa de Marianao y al día siguiente en casa del baron de Bonet; mientras esto hacía Romanones, Mme. du Gast recibía á Planas de Taverne en... en el *smoking-room* del hotel.

¡Jesús qué tabaco más fuerte! Hé aquí una señora que recibe á los periodistas en el fumadero.

Pero, en fin, Romanones recibió á muchas gentes en su despacho oficial.. para *fumárselas*

Es decir, recibirlas no las *recibió*; fué otra la suerte de torero: *aguantar*.

Pero no hubo *hule*.

Enterémonos de lo que piensa Tartarina du Gast, ya que Romanones, como ministro español, no piensa nada.

«Mme. du Gast—escribe Planas—es partidaria incondicional del Roghi, á quien considera muy superior al sultan, tanto por sus dotes intelectuales como por...»

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Nada, no asustarse «...por el gobierno *interno* de la region que domina.» ¡Ah...!

Luego averiguamos que Mme. du Gast es capaz de dar el salto de la garrocha, ya que, según Planas, «el talento de Mme. Camille sabe saltar de lo terrible á lo *conciso*», y también que tuvo su *miajita de bronca* en un hotel de Sevilla con los camareros, «que no la permitían encerrarse en su cuerto con el profesor de español».



... pero han de bajar rápidamente.

Y ¿qué necesidad tenía de encerrarse? pensarán ustedes. Hombre... el verbo amar, pongo por caso, siempre se conjuga mejor á puerta cerrada. Puede haber niños en la casa y no está bien que se enteren de la confusion de lenguas, frecuente en el aprendizaje de idiomas.

Se comprende la bronca y la indignacion de madame du Gast; lo que no se comprende es que, como dice Planas, las mujeres del harem del pretendiente mirasen «con admiracion, y quizás con envidia, á la mujer libre, representante de una civilizacion redentora, y cuya vida independiente habla mejor en favor de la *penetracion* - subraya Planas ¿eh?—*pacífica* que todas las Conferencias de Algeciras».

¡Cielos qué sospecha! ¿Será verdad, como dijo Dumas y se empeñan en ratificar Costa y Unamuno, que el Africa empieza en los Pirineos? ¿Habrá venido Mme. du Gast como representante de esa civilizacion redentora y penetrante?

Me siento *penetrable*. Tanto como impenetrable el secreto de la coincidencia del viaje de Romanones y Mme. du Gast.

Ventalló ha *badado*. Su volcánica imaginacion no ha echado ni humo. Yo, yo solo lo he descubierto todo.

Voy á *epatar* á todo el mundo.

¿A qué vino Romanones? ¿No fué á eso de la suspension de garantías? Pues bien, Mme. du Gast vino á eclipsar á Romanones.

El conde venía á ver si se podía levantar la suspension de garantías. Su competidora ha venido á levantarla.

¡Y Monegal sin visitarla ..! ¡Ni Collaso siquiera! ¡Solo Planas! ¡Ingratos!

JERÓNIMO PATUROT.

Reporter con penetracion.



Una singular pareja de lapones que se exhibía en las fiestas de Ockelbo (Suecia)



Se queda entre nosotros el duque de Bivona; amable ha retirado al fin su dimision.

Se queda entre nosotros. La suerte nos protege. ¡Dios sea bendecido! ¡Bendito sea Dios!

¿El, que es tan elegante, dejar á Barcelona?

¿El, tan acicalado, quererse de aquí ir?

¿El, que es tan distinguido, dejar á la *Pubilla*...?

Nos ha compadecido.

¡La ha retirado al fin!

Por lo que lo celebro de verdad que así sea es porque de ese modo

ninguno volverá á traer maquinillas de aquellas que tragaban perras gordas y nunca las devolvían ya.

Tambien he de alegrarme por si tomara en serio eso de los teatros

que actúan por ahí.

A ver si, por lo menos, quiere al fin preocuparse de que no nos revendan al cinco mil por mil.

Si, además, consiguiera que los guardias dejaran guardado en su casita su eterno malhumor, ¡qué felices seríamos si encontráramos guardias que al hablarnos tuviesen alguna educacion!

No sigo, pues seguro estoy que si siguiera hablando en estos versos de lo que hay que arreglar, podía suprimirse todo cuanto haya escrito para incluirlo en esta seccion del "¡Agua va...!"

El anuncio de *La gatita blanca* creó al *Brusi* un verdadero conflicto.

Su tradicional pudor no le permitía anunciar la obra; pero, en cambio, las perras que cuesta el anuncio le parecían muy dignas de entrar en caja.

Y, claro, con buena voluntad se arregló la cosa.

Y el arreglo fué no nombrar en su lugar: *Otra zarzuela*.

Con lo cual la caja y la moral quedaron satisfechas.

Pero todo tiene sus quiebras. Ahora basta ver que el *Brusi* anuncia *otra zarzuela* para que el teatro se llene de gente.

Y los empresarios contentísimos. ¿Qué mayor reclamo podían hacerles?...

La fundición Masriera creo que ha suspendido los pagos.

Lo cual no tiene nada de particular.

Pero ¿saben ustedes cuál es la causa?

Pues que el Estado le debe 18,000 duros de las obras del monumento á Alfonso XII.

Con este motivo ha sido despedido todo el personal de la fundición.

El cual irá viviendo como pueda estos días.

Pero se puede calcular que á este paso tendrán que celebrar la boda del rey como la Iglesia ordena que se celebren las vigiliás de las grandes fiestas.

Con abstinencia y ayuno.

M. d'Albrant, correo secreto del Zar, ha sido encarcelado en Londres por ataques al pudor con...

Más vale callar.

Está visto que los rusos marchan en todas las cosas á retaguardia...

El colmo de la avaricia:

No ir á los entierros para no verse obligado á dar el pésame.

Alba se opone á que los villaverdistas se unan á Maura.

¿Y saben ustedes por qué?

Pues por disgustos que tiene con el yerno de don Antonio.

Ante todo los ideales políticos y las convicciones.

Mejora de día en día nuestra hermosa policía.

Llega de Gobernación una reorganización.

Y enseguida los ladrones entran de nuevo en funciones.

Sale otro nuevo decreto dando otro cambio completo.

Y aumentan los timadores y surgen estafadores.

Aquel que cobra el barato esta que hace lo del gato.

Y mientras exista un primo habrá uno que le dé un timo.

Que, a nque salga la *Gaceta* repleta de nuevas disposiciones, harán siempre los ladrones aquí su dicha completa.

Pero ¿cómo se divierten los señores concejales! Pasan horas y más horas diciendo frases y frases, charlando hasta por los codos, alegrándose, enfadándose, gastándose chirigotas, murmurando cual comadres.

Y al cabo de mucho rato advierten que ya es muy tarde, se levanta la sesión... ¡y que Barcelona pague!



JEROGLÍFICO



Concurso n.º 17.-EL DIABLO



¿Quieren ustedes embolsarse los duros que ofrecemos como premio? Pues el medio es muy sencillo: Córtese en cuatro piezas las figuras que aparecen fuera del círculo que contiene la diabólica efigie y colóquense encima de ésta de modo que cubran los trazos irregulares del dibujo y pueda verse el rostro de un caballero que no tiene parecido alguno con Lucifer. Entre los que remitan la solución, que publicaremos en el número correspondiente al 19 del próximo Mayo, se distribuirá por partes iguales un premio de 50 pesetas; caso de ser solo uno el que la remite, á él le será adjudicada la referida suma. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 13 del referido mes, deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

CHARADAS

(De Francisco Masjuan Prats)

Un *prima dos* de café,
un *tercia cuatro* de trigo
el otro día compré,
y á más un *total* de vino.

(De Manuel Noñ)

Cuando pasa la *tres cuarta*
por la tienda de Roman,
prima dos éste y la dice:
—Es usted una beldad,
y dudo que haya en el mundo
otra moza más *total*.
Si usted quiere ser mi esposa
yo la llevaré al altar.

(De M. Talugar B.)

Dentro el *total* de mi cuarto
mi hermanito *dos tres cuatro*
encontróse un *prima dos*,
y yo tanto me asusté
que enseguida la cogí
y al *tercia dos* la tiré.

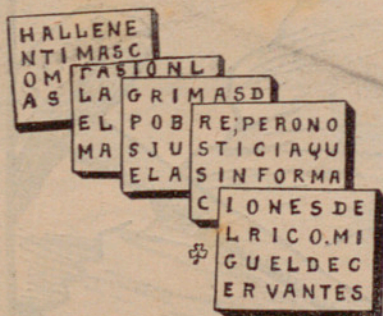
SOLUCIONES

AL CONCURSO n.º 16. — LLAVES MODERNISTAS

Ena de Battenberg.—Alfonso XIII

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 14 de Abril.)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



A LAS CHARADAS

Atilano
Mariano

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Encrucijada

Han remitido soluciones.—Al concurso número 16: Josefa Valero, San Antonio, 50 bis, 2.º, 1.ª (Gracia); Carmen Feliu, Balsas de San Pedro, 5; Maria Gurri Mateu, Providencia Alta, 117, tienda (Gracia); Nicolasa Ramos, Campo, 12 (Gracia); Carmen Llovet, Allada, 51, 1.ª, 1.ª; Aurelia Arnau, Buensuceso, 8, entresuelo; Emilia Jaime, Muntaner, 41, 4.º, 2.ª; Florentina Torrent, Arco San Ramon, n.º 4, 1.º; Leocadia Gonzalez, idem; Francisca Nanot, Balmes, 25, 5.º, 1.ª; Ana Bec, Lladó, 8, 2.º, 2.ª; Maria de los Angeles Lladó, Junqueras, 12, 5.º; Lucita Ricord, Pasaje Madolell, 17 bis, 1.º, 2.ª; Lucia Ruano, idem; Maria Corrons, Carretera de Mataró, 305, tienda; B. Artis, Prim, 17 (Badalona); José Pallarés, San Ramon, 6; Francisco Riu, Claris, 45 (Tarrasa); Ramon Esteve, Escudillers, 55, 5.º, 1.ª; José Puig T., Pedro Bertran, San Francisco, 2 (Masnou); Julio Gallegos, Pasaje Bernardino, 14; Juan Rodés, Ginebra, 9-11, 1.ª (Barceloneta); Marcelino Jimenez, Escudillers, 55; José Ventura, San Severo, n.º 6; José Bonafont, Joaquin Estall, Palau de la Plateria, n.º 7; José Nogué, Carmen, 41, bajos; J. Llorca, Pasaje Bernardino, 25; Agustin Villar, San Vicente, 10, 5.º, 1.ª; Mario Negre Castellá, San Antonio Abad, 14, tienda; M. Verdiell, Riera del Pino, 4; Angel Estapé, Diputacion, 219, bajos; Francisco Basora Martí, Jaime I, 11; José Iñesta Sauri, Diputacion, 160, 4.º, 1.ª; Hermenegildo Camps, Botella, 4 y 6, tienda; Juan Alés, Union, 6, principal; José Hernandez, Lealtad, 27, 5.º, 1.ª (Gracia); Eduardo Garcia, Lauria, 95, entresuelo, 2.ª; Ponciano Ortega Rodriguez, Arco Teatro, 25, tienda; José Arola, Cabanes, 6, entresuelo, 1.ª (Gracia); Maximiliano Rodeles, San Pedro de Taulat, 52, 1.º, 2.ª; Fernando Hermosa, Barabá, 16 bis, 5.º, 1.ª; José Mitjans, Elisabets, 15, 5.º, 2.ª; Francisco de Cueto, San Paciano, 2, 5.º, 1.ª; Antonio Andreu, Cortes, 500, 4.º, 1.ª; Enrique Gras, Travesera, 51-53, bajos (Gracia); Francisco Codina, Alta San Pedro, 8, bajos; Luis Gil, Barabá, 16 bis, 5.º; Francisco Escrivá, Trafalgar, 72, principal; Pedro Riquelme, Condal, 18, 2.º; Ginés Janer, Viladomat, 58, 1.º, 2.ª; Francisco Vaello, Pasaje de Nogués, 27 (San Martín); Anacleto Girbau, Mallorca, n.º 170, 2.º, 2.ª; Juan Miranda, Entenza, 45, 5.º, 1.ª; Ramon Rubio, Mallorca, 4, 5.º; Emilio Vilá, plaza del Angel, n.º 10; Luis Rafols Prat, Princesa, 54, 5.º, 1.ª; José Rafols Prat, Princesa, 23, tienda; Juan Rafols Prat, idem; Gaspar Agulló, Santa Clara, 11, 2.º (Barceloneta); Antonio Agulló, San Olegario, 25, 4.º, 1.ª (Barceloneta); Jaime Franci, Tamarit, 94 y 96; Manuel Noel, Condal, 19, 5.º, 1.ª; Agustin Lopez, plaza de los Cuarteles, pabellon número 4 (Reus); Salvador Armengol Agulló, Providencia Alta, 117, tienda (Gracia); Manuel Rodés, Ginebra, 9-11, principal, 1.ª (Barceloneta); Alfonso Carranza, Santa Fe, n.º 20, 5.º (Palma de Mallorca); Juan Guasch, rambla Triunfo, 95 (Pueblo Nuevo); Joseph Corrons, Carretera de Mataró, 310; Xavier Mingall, Flassaders, 54, tienda; Valentín Soler, Jerusalem, 50; Emilio Garcia, Fonollar, n.º 2, 5.º, 2.ª; Conrado Batllori, Gignás, 6, 2.ª; José Llovet, Allada, 51, 1.ª, 1.ª; José Llovet, idem; José Petit, Tomás Sureda Ramon, paseo Colon, 8; Montserrat Grau, Jaime I, 11; Fermin Izquierdo, Laurel, 94, y Francisco Ubieda Pineda, Conde Asalto, 35. Entre dichos señores se distribuirán las 50 pesetas ofrecidas como premio.

Al rompe-cabezas con premio de libros: Julio Suñer, Juan C. Feliu, José Iñesta Sauri, Andrés Vallverdú, José V. M., Juan M. Mollá (Vitoria), Antonio Agulló, Francisco Vaello, Domingo Vilá Durán, "Un admirador de Moret por embustero", Luis Rafols Prat, Jaime Batalla, Francisco Batalla, José Rafols Prat y Juan Rafols Prat. Corresponden á cada solucionante siete cupones canjeables por libros.

A la primera charada: Conchita Bach, Julio Suñer, Vicente Borrás Baiges (Mataró), José Prats Serra, José Grogués, José Casas Minguell (Mataró), Santiago Valls Palleja, Arturo Martín, Antonio Llanas, Antonio Agulló, Francisco Vaello, Salvador Bergés, Manuel Colomé y José Rafols Prat.

A la charada segunda: Julio Suñer, Vicente Borrás Baiges, José Prats Serra, José Grogués, José Casas Minguell, Francisco Valls Palleja, Antonio Agulló, Francisco Vaello, Manuel Colomé y José Rafols Prat.

ANUNCIOS

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Las grandes cantidades de Agua de Colonia de Orive que se gastan en España se explica por su superioridad incomparable y su baratura sin igual, y por las facilidades de su adquisicion. Por 8'50 ptas., 2 litros; 16 ptas., 4 litros. Se manda franca estaciones pidiéndola á Bilbao á su autor, remesando su importe.—Por frascos, farmacias y perfumerías desde 5 á 26 rs. frasco.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 8 bis, bajo.



La verdadera secuestrada